



VOL: AÑO 4, NUMERO 9

FECHA: ENERO-ABRIL 1989

TEMA: DESDE LA HISTORIA: Estudios sobre clases y movimientos sociales en México

TITULO: **Carlos Martínez Assad: [*] Historia y sociología; crisis de paradigmas**

AUTOR: *Martha Loyo Camacho [**]*

SECCION: Entrevistas

TEXTO

M.L. ¿Cuál es el papel de la historia en la investigación sociológica en México?

C.M. En México los estudios de la historia y de la sociedad han aparecido de una manera muy interrelacionada desde el siglo XIX. Podemos preguntar ¿quiénes son los historiadores que tratan de interpretar a la sociedad?, hacer la exactamente desde el otro ángulo ¿quiénes son los interesados en la sociedad que hacen historia?. Encontramos una coincidencia notable entre las distintas especialidades, si utilizáramos de ejemplo a Molina Enríquez ¿dónde lo ubicaríamos? ¿en el campo de la historia o en el de la sociedad?. El es uno de los creadores de ideas fuerza; descubre los grandes problemas nacionales, e insiste en denunciar la problemática agraria del país en ese momento. Para hacerlo tiene que hacer un rastreo de los orígenes de lo que sería la nación mexicana, entendido por los rasgos principales de sus habitantes, considerando su pasado indígena prehispánico; siempre presente en las discusiones de los intelectuales en México. Como que se trata de un problema social que estará muy involucrado con la historia.

En ese pasado va a ser muy difícil separar los dos géneros, o más bien las dos especialidades, los que estudian la historia y los que estudian la sociología; hay entre ellos una correlación que se ha mantenido durante mucho tiempo. Esto resulta evidente para un sociólogo. Tiene que historiar para hacer la interpretación de la sociedad en el momento en que hace su análisis.

Es muy difícil en este momento, por ejemplo, un politólogo que haga una interpretación de la disidencia priísta reciente que desemboca en la articulación del Frente Nacional Cardenista, sin pensar en otras disidencias que ha tenido ese partido y tratar de hacer alguna comparación entre ambas; con estos ejemplos quiero insistir en que la carga de la historia de México, de la historia nacional, es tan fuerte que los científicos sociales muy difícilmente pueden hacerla a un lado.

M.L. ¿Cómo se ve la historiografía en las teorías sociológicas que estuvieron vigentes en México: la estructural-funcionalista y la marxista?.

C.M. Definitivamente es importante hablar de rupturas epistemológicas claves. Los años sesentas en México representan la crisis de los paradigmas teóricos que se identificaron con el funcionalismo, de una manera muy global, porque la corriente funcionalista tendría varios autores notables, quizá el que más impactó en México fue Talcott Parsons. Había una correlación casi mecánica entre funcionalismo y empirismo; elemento este último al que se oponía sobre todo la generación de estudiantes que va a coincidir con el movimiento del 68, la que se volcará luego de manera definitiva hacia el marxismo. Su

acepción estructuralista es la que tendrá mayores repercusiones y su representante fundamental va a ser Althusser, probablemente seguiría Pulantzas. A la luz del marxismo había también una disposición, -que se ponía en boga en ese momento-, hacia la historia, algo diferente a como se había manifestado en los años previos. Claro, esto es fácil de explicar, si el empirismo te llevaba a un análisis cuantitativo principalmente de la situación social, el marxismo se inclinaba hacia la explicación histórica del acontecimiento de algunos fenómenos sociales.

Dicho de esta forma expresa el esquematismo que privó inicialmente y que coincidió también con el economicismo. Con el tiempo se fue profundizando mucho más en la necesidad de ese conocimiento histórico, para abordar el conjunto de la sociedad, pero creo que definitivamente este corte en 1968 y este antagonismo entre esas dos tendencias analíticas nos fue llevando al momento en que nos encontramos actualmente. Aunque hay que decir que, con la madurez de los sociólogos y de los historiadores que, generacionalmente se aproximan al 68, hay ahora actitudes menos sectarias en cuanto a tratar de incorporar algunos aspectos de las metodologías empiristas o cuantitativistas para sostener ese análisis cualitativo, que sin duda es donde se atan los diferentes nudos de las variables que van a darle sentido a una interpretación sociológica, que definitivamente en este momento no podemos despojar de la historia. De alguna manera Héctor Aguilar Camín asume esta posición en Después del milagro.

M.L. ¿Es posible determinar períodos según el predominio de tal o cual teoría de las Ciencias Sociales?

C.M. Es posible añadir el de la relación entre la antropología, la historia y la sociología porque a partir de los años setenta hay una predominancia muy fuerte de la antropología para analizar a la sociedad en su conjunto; es decir tanto la antropología como la sociología buscan ampliar sus horizontes y, en esa medida, va a haber una coincidencia fuerte entre el antropólogo y el sociólogo. Quizá valga la pena recordar que los grandes trabajos de interpretación de la realidad social en los años setentas están muy vinculados al desarrollo de la antropología marxista. Su punto de vista será fundamental para estudiar, sobre todo, el mundo rural, con una metodología que se aproxima mucho a la interpretación sociológica, pero aporta un instrumental utilizado posteriormente por el sociólogo, haciendo más completo su análisis. Es así como deja de tenerle miedo al estudio de las comunidades, de los pueblos, de la fábrica; es decir a todos aquellos espacios donde se articulan las relaciones sociales. En general la interpretación del sociólogo era más universalista, más global; el antropólogo le permitió revalorar espacios que sólo se consideraban propios del etnólogo, del antropólogo o del folclorista.

M.L. ¿En qué sentido la investigación historiográfica ha contribuido a modificar la sociología?

C.M. Yo creo que es tan definitiva la relación entre la historiografía y la sociología que hemos tenido que emplear ahora una definición que hasta cierto punto es contradictoria en su esencia. Cuando hablamos de historia contemporánea, en torno a la cual coincidimos muchos investigadores en el momento actual, estamos aproximándonos a una cierta contradicción. ¿Cómo podemos hablar de historia contemporánea, de lo que sucedió el día de ayer o de lo que está sucediendo ahora?. Esta cuestión ha llevado a algunas polémicas con los historiadores puristas del gremio. Alegan que quienes dicen hacer historia contemporánea tendrían que ubicarse en el campo de la sociología y no en el de la historia.

Esta polémica no está clausurada, entre otras razones, por que la historiografía ha tenido insumos muy importantes de la sociología; es muy difícil encontrar una historia que no sea

una historia social de una manera consciente y probablemente definitiva. No porque la historia no sea social desde su origen, siempre ha sido social, pero ahora es una historia de actores y de movimientos sociales según el lenguaje introducido por la sociología.

Luego de la crisis de los paradigmas teóricos que orientaron la sociología durante muchos años, el sociólogo encontró en la historia reciente también una metodología para aproximarse al conocimiento de un problema determinado, un ejemplo que desde luego habría que discutir es el de la clase obrera en la Historia de México, publicada en varios volúmenes por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Un sujeto tan actual como la clase obrera, tuvo que ser estudiado históricamente para entenderlo y para saber hacia dónde se orientaba como un actor central en la sociedad actual. Este es un ejemplo importante, seguramente no es el único, de la coincidencia entre la historiografía y la sociología.

M.L. ¿Se podría decir que ahora hay una relación mucho más estrecha entre la sociología y la historia?

C.M. Esa relación es definitiva y los ejemplos muy vastos; ahora difícilmente una carrera de historia puede enseñarse sin utilizar también algunos parámetros de la sociología, o al contrario.

M.L. ¿Esto implicaría de alguna manera, una dependencia de la historia?

C.M. No, creo que no se trata de una dependencia, se trata simplemente de utilizar el instrumental de la historia para hacer sociología. Esto llevaría más bien a otro debate: el de las fronteras que tienen las distintas disciplinas humanísticas. Se trata de fronteras que fueron impuestas de manera bastante arbitraria, lo que no les quita criterios ordenadores que pragmáticamente benefician, pero el hecho de haber dividido las escuelas de enseñanza de la filosofía y la historia, del aprendizaje de la sociología, ha sido un pecado original, cuya penitencia venimos pagando los que estamos interesados en el estudio de lo social y de lo humanístico.

Mientras la historia y la filosofía tenían un arraigo desde el siglo XVIII, el tiempo de la ilustración, cuando aparecen la sociología y otras disciplinas nuevas, un siglo después los especialistas no supieron donde ubicarlos en las ramas preestablecidas del conocimiento y resultaron diferentes aunque en su esencia tienen un objetivo común: el estudio del hombre. Por lo tanto, todas estas disciplinas son de muy difícil separación. Nadie que haya trabajado con seriedad en algunas de estas direcciones han sentido la necesidad de manejarse exclusivamente como economistas, como sociólogos, como antropólogos, incluso como literatos, lo cual le da a las disciplinas sociales y humanísticas una amplitud cosmopolita y menos provinciana, según se ha concebido hasta ahora.

M.L. ¿En el momento en que los sociólogos se acercan mucho más o tienden más a la historia, esto no implicará una crisis en la sociología?

C.M. La aproximación entre la sociología y la historia sí coincide con un momento de crisis de paradigmas teóricos fundamentales. Es crisis de parámetros teóricos, que nos hizo transitar de los grandes sociólogos como Gurvich y Parsons, a los filósofos, como Marcuse o Althusser para luego ubicarnos de manera más definitiva en los parámetros de la politología. En este sentido fue fundamental no tanto la influencia de Marx sino del marxismo de Gramsci. Su uso va a ser tan extendido que incluso va a ser retomado por los periodistas; no puedo decir en este momento los periodistas que no han utilizado el concepto de sociedad civil, pero deben ser muy pocos.

En un momento el sociólogo se aproxima más y contribuye al rescate del pensamiento de Gramsci, incluso de una manera bastante temprana en relación a Europa, con la excepción de Italia, donde se conservó viva la idea de Gramsci, se le comienza a revalorar desde América Latina y desde México. Se encuentra por esa vía otro parámetro teórico ante la crisis del marxismo, que probablemente por determinadas circunstancias (primero el movimiento estudiantil de 1968 y luego la Unidad Popular en Chile) se tomará en cuenta no el marxismo decimonónico, sino el marxismo-leninismo, según la interpretación gramsciana.

Debido a esa corriente se divulgarán conceptos que están mucho más adecuados a nuestra propia realidad social y de ahí la exigencia de utilizar parámetros explicativos como sociedad civil, sociedad política, y de reivindicar la importancia de la cuestión regional, que quizá de manera muy consciente ha sido inspirada por Gramsci.

M.L. ¿Cómo puede la investigación regional modificar nuestra visión de la historia y la sociedad nacional?

C.M. Gramsci nos hará ver que las sociedades no solamente están divididas en términos de clase, sino que existen algunos desajustes que se explicarán por las diferencias regionales. Esos dos niveles están presentes en La cuestión meridional, Las tesis de Lyon o los escritos sobre El Risorgimento.

Se incorpora así al pensamiento de los historiadores contemporáneos, primero esa enseñanza que nos habían dejado por ahí los antropólogos respecto al universo social que se conforma aún en una franja muy limitada de territorio, digamos los 230 Kms. que integran San José de Gracia, el pueblo que estudia Luis González en 1960, y que da a conocer en 1968, como la avanzada de una nueva concepción de hacer la historia y de conocer a la sociedad.

Con esta influencia de la antropología, por un lado, y del pensamiento político italiano, por el otro, vamos a llegar a ese momento en donde se considera de gran relevancia la historia regional. Se va cerrando el círculo entre la antropología, la historia y la sociología. Se emplea un instrumental poco utilizado como el de la historia oral, herramienta muy frecuentada por el antropólogo, que luego heredan los historiadores y que resulta fundamental para el historiador contemporáneo porque todavía puede encontrar a sus actores vivos.

De nueva cuenta aquí 1968 nos resulta un momento clave en esta nueva concepción de la historia cuando Luis González, publica su libro Pueblo en Vilo y reivindica el trabajo del historiador provinciano, del historiador del pueblo, del médico, del cura que escriben sus notas sobre lo que acontece en el espacio donde se encuentran. Es una coincidencia fortuita, pero no superficial, que ese libro apareciera justamente en ese año que para los científicos sociales va a resultar también clave, en una reinterpretación de los hechos históricos nacionales, muy vinculados también a las crisis de la política y de las ideas.

En 1968 comenzamos a sentirnos más parte de una comunidad internacional, hay movimientos en todas partes y nuestra cultura es impactada por lo que acontece en Estados Unidos y en Europa. También contemplamos nuestras diferencias con otros países latinoamericanos, y comenzamos a poner en duda algunas ideas sobre las identidades, porque es cuando entran en crisis los regímenes democráticos de América Latina y se transforman en regímenes autoritarios.

Como en otro momento, los mexicanos nos volcaremos a una interpretación donde es muy importante lo nacional, pero también es imprescindible explicarse cuáles son las

diferencias. El estudio de las regiones histórica, sociológica y políticamente va a ayudar al conocimiento de la realidad nacional. Luego entonces resulta que no tenemos el mismo origen según la entidad federativa, ni una idéntica participación en la Revolución Mexicana, según los estudios "críticos" de una concepción global.

Pero ahora definitivamente conocemos con más agudeza los elementos que nos permiten demostrar con más precisión la existencia de ciertos acontecimientos, de las rupturas y de las continuidades.

M.L. ¿Cuál crees tú que podrían ser los posibles paradigmas que orientarían la investigación y que permitirían la acumulación de conocimiento sociológico que pudieran construirse hacia el futuro?

C.M. El análisis regional, de lo que llamé los movimientos políticos regionales puede hacer que esos espacios se conozcan con mayor profundidad, porque englobamos allí los diferentes niveles como lo económico, lo social, lo cultural, lo ideológico, lo político. Se rompen así las barreras ficticias entre las ciencias sociales y las subdivisiones sectoriales como el movimiento obrero, los campesinos o la ideología, por ejemplo.

Hay que tomar en cuenta, además, los cambios ocurridos en México, el crecimiento poblacional, el desbordamiento de la ciudad de México, los cambios culturales y los políticos, la caída de los salarios reales, la escasez de alimentos y la crisis económica envuelta en esa recomposición de la economía en el nivel internacional. Todo eso puede explicar los acontecimientos derivados de las elecciones del 6 de julio; porque estamos ante una situación política inédita por ese crecimiento desmesurado de la sociedad urbana en los últimos años. Y, sin embargo, los sociólogos no encontramos los paradigmas más adecuados para interpretar ese momento, se ha dicho mucho de la sociedad de masas, de la posmodernidad, pero realmente hay pocas ideas y muchos lugares comunes.

Ahora tendremos que comenzar por encontrar o tratar de construir esos paradigmas que nos permitan interpretar la complejidad de la sociedad en el fin del milenio, como la emergencia de nuevos actores sociales. Y el desplazamiento de otros. Parece que en estas elecciones ha sido más determinante la participación de las masas que la participación de la clase obrera organizada, por ejemplo. Por ello sería importante explicarse cuál es la participación política de los desempleados y qué piensan en relación a lo que está sucediendo en el país, de la misma forma habría que preguntarse respecto a las clases medias y, explicarse, la crisis del corporativismo que tan útil fue al funcionamiento del sistema político mexicano.

La coincidencia más general que encuentro en los últimos tiempos es que todos los sectores sociales se han expresado más políticamente que socialmente. De ahí la predominancia en el momento actual de las interpretaciones políticas o politológicas, porque encontramos muy pocas variables de una acción social propiamente dicha. Para hacer algún corte en este sentido, podría plantear que mientras en los años setentas el país conoce una gran movilización: movimientos campesinos, movimientos urbanos populares, movimientos obrero, la insurgencia sindical, etcétera, en los años ochentas solamente conocemos movimientos que se desencadenan por cuestiones políticas, en particular por una participación electoral, limitándose a ese nivel su concepción de democracia. Predominando desde luego en este sexenio los movimientos de insurgencia municipal, las grandes manifestaciones en defensa del voto, que reclaman el triunfo de la oposición en alguna entidad federativa, en algún ayuntamiento en particular.

Todos esos movimientos políticos van a concluir finalmente en esa gran manifestación civilista del 6 de julio, tan difícil de poder meter en un laboratorio y explicar, a través de ciertos estímulos, sus posibles reacciones. Por eso los científicos sociales en general tendremos que construir las formas de interpretación, a partir de los propios elementos que está dando la sociedad y la complejidad de ésta hace que la construcción de nuevos modelos resulte aún más difícil.

Debido a esos vacíos teóricos y a los escasos instrumentos de análisis, en el momento actual privan las pasiones, los puntos de vista personales y, claro, es más fácil la interpretación sociológica cuando el analista se ubica a la arena de alguna de las luchas, como un actor social; pero como sociólogo o historiador me tengo que alejar lo suficiente para poder entender una situación que resulta mucho más complicada porque ya ahí no se trata solamente de si la izquierda o la derecha tienen razón, sino ¿cuál es la razón de la sociedad? y si alguna de nuestras disciplinas pueden dar respuesta a esta pregunta.

Coyoacán, 22 de noviembre de 1988.

CITAS:

[*] Entre sus obras principales se encuentran: El laboratorio de la Revolución. (El Tabasco Garridista). Estadistas, Caciques y Caudillos, y Gestión Municipal.

[**] UAM-Azcapotzalco.